

# La propuesta “moral” detrás del humor de *Picardía Mexicana* de Armando Jiménez

Arturo Zárate Ruiz

El Colegio de la Frontera Norte  
azarate@colef.mx

## ALGUNAS OBJECIONES A *PICARDÍA MEXICANA*

Podría objetarse de varias maneras el siquiera intimar la posibilidad de acercarse a *Picardía Mexicana* (Jiménez, 2009). Por ejemplo, podría decirse que *Picardía* es una obra moralmente cuestionable. No necesito afirmarlo yo u observadores externos. Entre broma y broma, nos lo repite una y otra vez el mismo Armando Jiménez en su texto, por ejemplo, cuando nos promete que no detallará las leperadas porque “debemos expresarnos siempre con decencia” (p. 38); cuando admite como criticable “el mal gusto del tema” (p. 94); cuando reconoce el riesgo de que se le tache de “tipo enfermo de cropolalia... adorador de Tlazoltéotl, diosa azteca de la inmundicia o de las cosas inmundas” (p. 139); cuando se queja de la imposibilidad de “departir decentemente” por conducir todo “por el tortuoso sendero de la procacidad” (p. 145); cuando identifica al decente como una persona que “nunca andará buscándole doble intención a las palabras” (p. 167), justo lo contrario que nos ofrece en su libro; cuando define las leperadas como “pecado” y como características de “personas sin educación” (p. 168); cuando, al incluir en el libro la respuesta de su futuro editor Raúl G. Villaseñor, se nos precisa que “la grosería es un vicio que estorba el camino ascendente de la nación” (p. 185); cuando, al incluirse también los comentarios de intelectuales en el libro, Antonio Alatorre repara en sus “temas ‘prohibidos’” y agrega:

Sí: los albures pueden ser objeto de muchos comentarios jugosos: se puede ponderar su ingenio, explicar sus metáforas, analizar sus procedimientos lingüísticos, o tomarlos como prueba de una sonriente tolerancia social hacia la sodomía activa. Pero, a la larga, acaban por imponerse también como síntoma de una enfermedad, de un mal que exige remedio. Está bien sicoanalizar a Leonardo de Vinci o a Kafka, pero el sicoanálisis de una persona viva debe desembocar en sicoterapia. ¿Qué desaparecerían entonces los albures, esas muestras saladísimas de nuestro folklore? ¡Y cuántos otros pintorescos aspectos de nuestro folklore —canastitas y sarapes y cacharritos de barro— sería bueno que desaparecieran a cambio de mejores condiciones de vida para el indio mexicano! (2009, p. 212).

Santiago Ramírez, otro académico cuyo comentario se inserta en el libro, llega a decir, tras tomar el albur como expresión de lo mexicano, que “URGE (así, con mayúscula) corregir los males donde los haya” (2009, p. 225). Alí Chumacero, otro comentarista citado, apunta que la picardía no siempre es acorde con “la educación y las buenas maneras” (2009, p. 228). Felipe Montemayor, también referido, excusa las picardías del mexicano considerando que “todos los pueblos, grandes y pequeños, poseen su talón de Aquiles”, sus “fallas” (p. 232). En fin, Jorge Portilla advierte, al final del texto, que el tema de *Picardía* es “el lenguaje de la injuria” (p. 233). No es, pues, necesario salir de las páginas de esta obra para notar que Jiménez y sus comentaristas elegidos confiesan ellos mismos el pecado.

Es Felipe Montemayor quien no sólo matiza sino expresa su desacuerdo respecto a la “inmoralidad” del libro:

[...] no hay por qué alarmarse. Es el mismo caso que el de un libro de medicina que trate de la natalidad o el de una obra de arte que presente al David de Miguel Ángel, la Victoria de Samotracia o la Venus de Milo, que la ignorancia y el falso pudor (pudor “cholista” se le llama en México) no tolera. Este libro, al igual que aquellos, no andará en las manos de los niños y de los impreparados por una sola razón: su elevado contenido. Para el antropólogo que busca las raíces de lo mexicano con el fin de lograr su superación, *Picardía mexicana* le abre caminos amplísimos. Ojalá cunda entre otros estudiosos el ejemplo que nos ha dado Jiménez, de valentía y dedicación. (2009, p. 232)

Montemayor tiene en alguna medida razón. Sería, por ejemplo, falso pudor, o falso nacionalismo, el tachar a Jiménez de mofarse de los símbolos patrios, como ocurre con la imagen del águila descalza en la página 183 (Jiménez, 2009):



Por ella, algunos rigoristas lo pudieran haber sancionado con el artículo 55 de la Ley sobre el Escudo, la Bandera y el Himno Nacionales. Los rigoristas abundaban cuando por primera vez salió de las prensas *Picardía* (1958) y aún prevalecen. Mirándola bien, esa imagen rebosa de

humor limpio, sencillo, infantil. Sería además falso pudor el ruborizarnos porque Jiménez hable de excrementos, de flatulencias, de sexualidad e inclusive del período femenino. En el Vaticano, donde residen algunos de los más celosos guardianes de la “moral tradicional”, se exhiben más desnudos explícitos que en las páginas de *Playboy*.

El problema, pues, si es que hay problema, no reside en los temas de Jiménez, en el modo de tratarlos. Si no en la “moral tradicional”, sí en la moral contemporánea cuestionaría mucho el racismo, la xenofobia, el machismo y las representaciones denigrantes de la mujer que su libro ofrece. El mero hecho de reservar un capítulo de *Picardía* a “Sólo para hombres” (pp. 83–100) resultaría injurioso aun para feministas de corte conservador, no hablemos de su “Capítulo sangrón” (pp. 115–116), sobre la menstruación —sobre, según sus palabras, navegar una mujer “con la bandera comunista” (p. 115)—, lo cual es difícil excusar de mal gusto. Y si a machismos vamos, tenemos un machismo ambiguo, como lo nota Alatorre (p. 218), el cual por degradar al homosexual “pasivo” no se apena de vanagloriarse de la homosexualidad “activa”. He allí el “gallito inglés” (p. 127). De hablar, pues, sobre *Picardía*, se me puede acusar o de que ignoro o de que apruebo sus groserías. No es así. Pero permítanme explicarlo luego.

Otra objeción para siquiera acercarme a *Picardía* consistiría en que se me acuse de suponer una sola identidad nacional, una sola forma de ser del mexicano, un negar su diversidad. El título del libro se presta a esa interpretación, por referirnos a una picardía que es *mexicana*. Jiménez, de hecho, resume el propósito del libro a contribuir a un conocimiento más amplio del mexicano (p. 6). En su prólogo al libro, Camilo José Cela (p. 7) llega a identificar su contenido con “la lengua viva —y también desgarrada— de los mejicanos”, como si todos los nacidos aquí así hablásemos. En su análisis “sicoanalítico”, incluido en la edición de *Picardía*, Ramírez llega a decir que en “la expresión procaz, roja, explosiva, profanadora”, contenidos en la obra de Jiménez, se revela el inconsciente del mexicano (p. 224). En su análisis “filológico”, Alatorre arguye, correctamente, sobre los lazos entre el habla y su hablante, pero de nuevo atribuye el habla recopilada por Jiménez a todos los mexicanos, y a través de ella, intenta descubrir el carácter de todos nosotros, tan así que Alatorre vincula *Picardía* con obras como *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz (p. 219), como Felipe Montemayor en su análisis “antropológico” lo vincula con el libro *El mexicano* de Santiago Ramírez (p. 232), textos que

buscan descifrar la identidad del mexicano, como si todos y cada uno de nosotros la llevara en la sangre. En su análisis filosófico, Portilla llega a colocar el estudio de Jiménez entre aquellos referentes a la “filosofía del mexicano”, como si existiera tal mexicano en esencia. En su análisis sociológico, López Cámara es quien se resiste a hablar de un solo mexicano y se niega a atribuir el lenguaje de *Picardía* a todos los mexicanos. Con todo, su escrúpulo lo reduce a precisar que la burguesía mexicana “carece de imaginación”, y que por tanto el lenguaje de *Picardía* debe sólo atribuirse al “pueblo” (p. 211), como si existiera éste, de nuevo, cual una entidad indistinta.

Cabe reconocer que Jiménez tiene a su favor el no intentar en ningún momento establecer una teoría de lo mexicano, como otros textos más celebrados por sus altos vuelos intelectuales, por ejemplo, el citado *Laberinto de la soledad*, de Paz, ganador de un Nobel. Jiménez se contenta con mostrarnos un lenguaje muy extendido entre muchos mexicanos y, aunque yo no esté de acuerdo que baste éste para hablar de una identidad nacional, aun así, Jiménez está de este modo más cerca de ofrecernos lo que sería un tipo de mexicano.

Una objeción más, para acercarse a *Picardía*, consistiría en confundir lo frecuente con lo exquisito. Jiménez, según lo nota Camilo José Celá, es el autor latinoamericano “más leído en la historia de la imprenta en la América que habla español” (p. 7). En el apartado “Acerca del autor”, se nos precisa que *Picardía* lleva vendidos 4.2 millones de ejemplares, los cuales unidos a los ejemplares de otras publicaciones de Jiménez sumarían a 11.2 millones (p. 269), cifra no lejana al número de ejemplares vendidos de *El diario de Ana Frank*, libro en el 10° lugar por sus ventas en el mundo, 27 millones de ejemplares (Pino, 2013). Jesús Alejo nos recuerda además que, según el libro *3000 años de humor* de Domingo Pastor Petit, Armando Jiménez es el humorista más destacado de Latinoamérica (2010). Luis Miguel Aguilar llega a considerar que, los años 60 del siglo pasado, fue “una época en que en todos los hogares de clase media había... una Sagrada Biblia, pero sobre todo oculto en algún anaquel un ejemplar de *Picardía mexicana*, de Armando Jiménez” (Aguilar, 2010). Podría ponerse en duda la importancia de este texto en la literatura, y recordar que la popularidad no es sinónimo de excelencia. He allí los “best sellers”. *Harry Potter*, según reporta Ángeles Pino (2013), es la tercera obra más leída, con 400 millones de ejemplares vendidos. Con todo, aun atribuyendo a sólo la popularidad el éxito de *Picardía*, no deja de ser relevante el preguntarse en qué radica su gran atractivo.

De cualquier manera, si me interesara explicar esa popularidad de *Picardía*, podría esgrimirse esta objeción final: considerar que su popularidad no descansa en cualidades propias del texto, sino de su contexto, es decir, el grupo social que la aclama. De ser así, en lugar de estudiar *Picardía* en sí, se debería estudiar ese grupo social que la acoge.

Aun con estas objeciones, ofrezco aquí uno más de tantos acercamientos que se han hecho a este texto. Pondré atención a dos cosas: 1) *Picardía* se le ha considerado una obra humorística, como ya lo he mencionado, y 2) en la medida que *Picardía* provoque risa por su buen humor y no por la burla, en esa medida permite a las personas vivir una virtud moral y social, la cual redime hasta cierto punto las groserías y el mal gusto con que abunda.

#### LA RISA, EL INGENIO Y *PICARDÍA MEXICANA*

Tratemos de identificar los elementos que hacen de *Picardía Mexicana* un texto humorístico. Empecemos notando que lo “chistosito” es pariente de lo feo. “¡Ay, qué niño tan chistosito!”, me decían cuando tenía seis años, y ya desde entonces sospechaba de algún eufemismo, especialmente cuando mamá me escondía debajo de la mesa.

Luis Miguel Aguilar nos recuerda que *Picardía* era también algo que se ocultaba, en su caso, debajo de un anaquel (2010), del mismo modo que nos ocultamos cuando desalojamos los intestinos, o cuando tenemos un encuentro sexual, o cuando nos encontramos desnudos, o enfermos, o nos sacamos los mocos, o incluso cuando comemos sin preocuparnos por los modales. No nos agrada que nos vean. En lo personal, no creo que así ocurra porque nuestros cuerpos sean feos en sí —de hecho, son bellísimos—, sino porque nuestros cuerpos son algo personal, que nos pertenece, y que no vamos a mostrar justo cuando parece que no tenemos señorío sobre ellos, sino mero comportamiento animal. En el retrete, por ejemplo, es cuando más nos aproximamos a meros animales, sin el beneficio de aderezar, de darle un toque personal, a un acto puramente físico, como ocurre cuando comemos. En breve, nuestros cuerpos se vuelven feos, no por su desnudez, sino por despersonalizarse, animalizarse, cosificarse.

El filósofo del élan vital Henri Bergson, en *La risa*, opone la vida a lo cómico (2012, pp. 16-17, 21-22). Considera que esto último nace al caer los asuntos humanos en lo mecánico, lo

cual causa risa, pero no simpatía en el espectador. La risa, según Bergson (pp. 23-24), es un correctivo, un castigo, una forma de humillar a quien se "distrae" y comete algo ridículo, algo feo, de asociarse a lo "chistosito". Ciertamente la visión de Bergson sobre la risa es muy incompleta de referirse al buen humor. Pero de él vale notar que un componente de lo ridículo es lo feo, lo "mecánico", lo que anda mal, algo que, de ocurrir en nosotros, preferiríamos que se ocultase porque nos exhibe como algo distinto a las excelentes personas que somos o deseamos ser.

En *Picardía* los temas principales son, por decirlo brevemente, animalescos, subhumanos, por quedarse en funciones orgánicas que se les presenta desprovistas de señorío: el cagar, el coger, el menstruar. Hay, por supuesto, otros temas más finos sobre los que uno se puede reír, por ejemplo, un edificio mal hecho, una moda chillona, un error político, especialmente si es el del contrincante, una partitura musical desentonada, etc. Los más sublimes compositores se han dado el lujo de crear bromas musicales, como el *Divertimento para Dos Cornos y Cuarteto de Cuerdas*, la *Ein musikalischer Spaß, K. 522*, de Mozart. Pero los temas presentados en *Picardía* son quizá los más básicos, bajos y poco elaborados sobre los cuales puede construirse el humor. Nos ofrece justo los chistes que hacen reír a los bebitos, chistes sobre la popó. En *Picardía*, además de sus muchas otras menciones en otros lugares, se nos ofrece un capítulo completo sobre el excremento, "Con permiso, voy para allá" (pp. 139–142), y otro sobre la menstruación (pp. 115–117). Son los chistes del "Peladito" (p. 209), o del "Pícaro" según su ancestro en la literatura española. Por eso el título de *Picardía*. El "Peladito" no nos puede hablar de otros temas porque quizás no sabe hablar de más, por mal educado según lo sugiere Jiménez (p. 168).

Pero no nos confundamos. Así como el "Peladito" no es cualquier barbaán, del mismo modo lo ridículo no es cualquier fealdad o imperfección. Jiménez no recoge las palabras de cualesquier pelagatos, sino las de "léperos" que "tienen su modo de hablar, muy florido, y que adornan más cuando hay al acecho un méndigo roto" (p. 78). No basta, pues, el insulto para constituir una picardía, digamos el "Tenéis... tenéis... una nariz... ¡una nariz muy grande!" de Valvert. Se exige enriquecer el insulto según le responde, de inmediato Cyrano de Bergerac con más de una veintena de variantes ingeniosas (Rostand, s/f: 23–24). Así, lo ridículo, es decir, lo

risible, combina a punto de hacerlo inseparable lo feo o imperfecto con una perfección. Y por ello nos reímos. Esta incongruencia la escuchamos en la broma musical de Mozart: el fugato no nos lleva a ninguna parte, los cornos apresurados por armonizar con las cuerdas desafinan, la coda no finaliza la pieza, sino la interrumpe ruidosamente, pero aun así ¡todo está tan bien hecho! ¡Vamos!, un ejemplo más claro de Mozart es su *Canon en Si Menor para Seis Voces, K. 231/K. 382c*, donde esas voces entrelazadas polifónicamente piden algo vulgar: “Bésame el culo”, “*Leck mich im Arsch*”.

La literatura picaresca española, cuyo paradigma es la novela *Guzmán de Alfarache* (Alemán, 1984), también nos ejemplifica esta amalgama de lo feo con lo hermoso. Consiste en relatos sobre “pícaros”, unos personajes de bajas costumbres. Su rol es el de anti-héroes. Con todo, ellos son los narradores y los protagonistas. Es más, nos tutean a sus más distinguidos lectores. No obstante, su supuesta igualdad, el pícaro también se arroga el papel de mentor y nos habla con un lenguaje muy culto para moralizarnos. Por sus aires de santidad, parecería que sus lectores, no se diga la “gente bien”, debiésemos admirarlo a él, aun con toda su vida vulgar, como superior al resto de los mortales, y eso inclusive cuando, al final, la conversión del pícaro en persona virtuosa es muy dudosa.

La picardía que recoge Jiménez es más breve y tal vez por ello de risa más explosiva. Muchos de sus temas son en sí mismos ridículos. Ciertamente el entrar a un excusado sucio da asco, no risa. Pero el acto de cagar, uno de los temas predilectos de Jiménez, combina de manera inseparable lo desagradable con lo agradable. Según nos explica el autor, el “desasimilar”, aunque sea repugnante observarlo, es un placer para quien lo ejecuta, de manera que es desagradable, agrega, sólo ver comer cuando lo agradable es el hacerlo (p. 118), y pudo añadir que es una tortura, en lo que concierne al acto sexual, quedarse sólo de mirón cuando lo divino es meter uno mismo el gol en la portería. Estas realidades no dejan de ser por su naturaleza misma ridículas.

Por supuesto, el “Peladito” va más allá de mostrar rudamente dicha mercancía. Lo hace con gracia. Por ejemplo, un recurso suyo es la “travesura”, o como las llaman nuestros vecinos de allende el Bravo, “bromas prácticas”. Entonces, el peladito no dice, sino hace con desplante de ingenio su “leperada”. Por lo regular ocurre esto tendiéndole una trampa a una futura

víctima. He allí la muchachada, tan simple que es de imberbes, de quien llama por teléfono y, sabiendo de antemano que le preguntarán "¿Quién habla?", responde pronto "Tu padre" (p. 8). He allí la del chofer de camión que sobre la defensa trasera escribe un desafío para quien va atrás: "A que no me pasas". El ufano que acepta el desafío leerá, en la defensa delantera un "a tu hermana" (p. 12). He allí la travesura del chofer "cortés" que sugiere al de atrás que lo rebase por la izquierda, para añadir después "nomás tócame el pito" (p. 18). Por supuesto, la travesura puede ser más elaborada. He allí la del hombre que convence a su compadre de buscar en el panteón, en la medianoche, al *Ánima de Sayula*, para pactar con ella y salir de sus apuros económicos. Llega el momento y el pobretón descubre que el pacto consiste en que le entregue, no a la mentada *ánima* sino a su compadre, el "Julián" (pp. 145, 153–160):

Y es fama que cuando oía  
hablar del aparecido  
receloso y precavido  
se ponía la mano atrás. (p. 159)

Otra travesura elaborada, y que Jiménez da por hecho, es la del hombre que va a confesarse con el sacerdote, no para arrepentirse, sino para sacarle, sin que se dé el despistado sacerdote cuenta, un "norte" sobre las mujeres fáciles de su pueblo, y así ampliar sus opciones de fornicar (pp. 73–74).

Cabe ahora hacer un paréntesis. El editor de *Picardía* Raúl G. Villaseñor, según lo cita Jiménez, define la picardía misma como "travesura de muchachos, chasco, burla ingenua" para advertir que el libro no se restringe a este material (p. 184). Y ciertamente, así es. En el libro no todo es travesura, "bromas prácticas". Con todo, los materiales que recopila Jiménez más que revelar la identidad del mexicano (como pretende el título, como si las leperadas fueran exclusivas, es más, extensivas a nuestro pueblo), revelan, creo yo, comportamientos más bien comunes entre muchachos, quienes, apenas despertando en su sexualidad, alardean de ella con procacidades.

Que el Peladito siga contando chistes colorados cuando ya es luengo su bigote nos dice menos sobre su mal gusto y vulgaridad que sobre haber permanecido en la adolescencia sin llegar a la madurez, a su desarrollo psicosexual. Imagínese usted un señor sesentón parando oreja y haciéndosele agua la boca por de pronto escuchar que las mujeres menstrúan y los

hombres tienen erecciones. Se le disculpa eso sólo a un muchacho de secundaria, digamos, a Pepito. Tal vez, aunque ocultamente, se dejaba *Picardía* en los anaqueles de las bibliotecas en los años 60 (Aguilar, 2010) porque no había ningún otro texto de educación sexual para los chamacos de entonces.

Pero regresemos a las picardías en su sentido restringido, es decir, volvamos a las travesuras, según las consideró el editor Raúl G. Villaseñor. Jiménez recoge varias de tinte muy especial, que descansan en la oportunidad, o en lo que Baltasar Gracián consideró como respuestas prontas e ingeniosas (Gracián, 1944, pp. 215-217). El travieso aprovecha la ocasión calva para trampear a algún desprevenido. He allí el ejemplo del comensal que, tras preguntársele en el restaurante “¿Cómo se le hacen los huevos?”, responde “P’allá y p’acá” (p. 172). O la del radioescucha que, ayudado por el Dr. I. Q. para identificar qué es el cloruro de sodio con el tip de “¿qué le pone usted en la mañana a los blanquillos?”, responde “Talco, doctor” (p. 174). Es allí que Jiménez no se olvida de “Pepito”. Nos lo presenta respondiéndole a la maestra la pregunta sobre el animal que pone los huevos más grandes. No es el avestruz sino la avispa, dice el chiquillo, tras el insecto picarle en sus huevos al primo Toño y ponérselos enormes (p. 175). Tal vez el mejor ejemplo de travesura oportuna nos la ofrece no Jiménez sino su editor. En su capítulo de “Idiotismos” Jiménez relata la historia del primer auto que llegó a México y que perteneció a una viejita veracruzana. Tras cansarse ésta de prestarlo a cuanto vecino lo solicitaba, se lo negó a un rapazuelo a quien le advirtió que “mi culo no es un garaje” para no oír la réplica de “métaelo por el culo” (p. 75). Es Villaseñor quien le recuerda a Jiménez que pronto la viejecita encontraría pintado en su auto este letrero: “El supositorio” (p. 189).

Como ustedes ya lo habrán notado, hay algo en las picardías de Jiménez más amplio que la travesura. Es el doble sentido de las expresiones. Así, tenemos que cuando se habla de “huevos”, de “julianes”, de “chaquetas”, de “teleras” o de “gallitos ingleses”, no se nos habla de eso, sino de otras cosas.

Entre otras razones, el doble sentido es posible porque el “Peladito” sabe usar, muy posiblemente sin siquiera percatarse de ello, las figuras retóricas. Con ellas, el que habla añade, quita, sustituye o traspone ideas, palabras o partículas en una expresión de tal modo que modifica radicalmente su sentido original, según explicaron los retóricos antiguos en sus

observaciones sobre el estilo (*Ad C. Herennium*, 1981, pp. 301-305; Quintiliano, 1980, pp. 79-113 y 1976, pp. 177-591). Si Sor Juana Inés de la Cruz dijo: "¿o cuál es más de culpar, aunque cualquiera mal haga: el que peca por la paga, o el que paga por pecar?" (2007, p. 109), el "Peladito" dice: "No es lo mismo la cómoda de tu hermana que acomódame a tu hermana" (p. 65). El "Peladito", por supuesto, se distingue entonces menos por pelado que por ingenioso. Por ello se permite chistes que no tienen que ser léperos, es más, pueden ser de una limpieza que raya en la inocencia de los niños, por ejemplo:

- ¿En qué se parece la viruta al timbre?
- En que la viruta es aserrín y el timbre hace ¡rin! (p. 50)

Otra razón por la cual el doble sentido es posible consiste en la capacidad del lenguaje de referir y revelar no sólo la realidad, sino además las relaciones que las distintas cosas guardan entre sí, en esa realidad, de similaridad, de causa-efecto, de todo-partes, de contrarios, entre otras. Esas relaciones las estudia la retórica para asistir con los tópicos la argumentación y con los tropos el estilo (*Ad C. Herennium*, 1981; *Quintiliano*, 1976; Burke, 1969; C. Perelman y Olbrecht-Tyteca, 1969). El "Peladito" tal vez no haya estudiado retórica, pero descubre similaridades en las cosas, le llama "huevos" o "pelotas" a los testículos, el azteca con mayor exageración los alardea como aguacates, y el norteamericano conformándose con la semejanza y sin hipérboles les dice "nuts". Aunque no lo explique Jiménez (p. 45), el "Peladito" también detecta relaciones todo-partes. Llama así "41" al homosexual para recordar la redada contra 41 hombres vestidos de mujer que se realizó en la ciudad de México, en 1901, cuando gobernaba Porfirio Díaz. El "Peladito", por su ingenio, puede llegar a descubrir y expresar con el lenguaje relaciones muy complejas. Jiménez nos explica así por qué se le dice "chaqueta" a la masturbación:

Otras personas desarrollan [en los sanitarios] labores manuales, con mayor concentración en el trabajo, cuando nadie las distrae. Por ejemplo, una hacendosa viejecita que conocí hace muchos años, y que tejía estupendos suéteres, de chaleco y de mangas, aseguraba que sus mejores labores las ejecutaba en ese mismo estrecho recinto. Y, aunque se supone que tejer es faena y pasatiempo privativo del bello sexo, yo sé de varios hombres que aprovechan su estancia en el gabinete sanitario, para entregarse a labores de aguja y gancho. (p. 120)

Jiménez entonces confirma su explicación con la siguiente cuarteta de letrina:

Cuando me siento a zurrar  
siempre me siento poeta,  
o me da por dibujar,  
o tejerme una chaqueta. (p. 120)

Mucha de la gracia del “Peladito” descansa en que sus expresiones le exijan al interlocutor desplegar también su ingenio para descifrarlas. Como son de doble y aun múltiple sentido, si yo digo, como Jorge Negrete “Dicen que soy hombre malo... porque me comí un durazno de corazón colorado”, mi oyente podría tomarlo literalmente y concluir que mi pecado ha sido la gula. Podría también tomarlo figurativamente y concluir que mi pecado fue más bien la lujuria. Con todo, a mi oyente corresponde descubrir el sentido de la frase porque no es obvio. Para ello, le corresponde checar la realidad y averiguar cuál significado es el más adecuado, por ejemplo, notar si como Jorge Negrete no traigo la cara de haberme comido un durazno, sino de haber saboreado otra cosa.

Como el “Peladito” suele decir leperadas, la propensión del interlocutor es interpretar lo que aquél dice en su sentido soez. De hecho, cuando dice que “la vieja, por fin, vive en paz sin el pájaro” (p. 89) es muy difícil encontrarle el sentido literal a la expresión a menos que contemos con el referente, en la realidad, de una viejecita que ya haya dejado de llorar la muerte de su cenzone, a punto de olvidarlo. Me acuerdo en este último caso de mi tía Elvira.

El “Peladito”, de naturaleza traviesa, se aprovecha de esta circunstancia y entrapa a muchos interlocutores. Justo cuando les habla literalmente, los interlocutores, que lo suelen considerar obsceno, interpretan lo que les dice de la manera más grosera, cuando no lo es. Jiménez nos da varios ejemplos de ello: el del médico que cree que su paciente habla del número de sus encuentros sexuales al hilo, cuando refiere el número de pisos que tiene que subir por la escalera (pp. 67–68); el de la mujer que parece perder la virginidad, cuando lo que ocurre es una sanguinolenta visita al dentista (pp. 91–92); el del soldado que lamenta haber recibido un disparo en los Dardanelos, al parecer la parte más preciada de su cuerpo, cuando la referencia es a un lugar de Turquía (p. 171). Con estas trampas el “Peladito” demuestra que la malicia no es patrimonio exclusivo suyo. También se da en los interlocutores que prefieren mirar ciertas realidades que no son las que denota la literalidad de la expresión.

Salvarse de estas trampas del “Peladito” no es fácil. Fingir no haber entendido, como le ocurrió a la señora Rodríguez, cuando supo que los muchachos iban en busca de las “puchachas” (p. 113), redunda menos en fama de virtuoso que de ingenuo o pazguato. Tal vez la única opción que el “Peladito” le deje al que no lo tolere es el desatenderse, el no escuchar.

Pero al “Peladito” tal vez sea una pena no escucharlo cuando le da por ser poeta. Así como sor Juana Inés de la Cruz con frescura de lenguaje llama a un retrato suyo “engaño colorido” (p. 134), y con ello no sólo expresa sino revela una realidad, así el “Peladito” logra lo suyo con expresiones nuevas que, aunque apuntando a vulgaridades, no dejan de sorprender, por ejemplo, al avergonzar al prójimo que se echó una ventosidad con la frase “Ese jilguero quiere su platanito” (p. 30), o a la muchacha de “amores ocultos” que, por descuido, queda embarazada con la frase “quedar como el pan de Atlixco: con la ganancia por dentro” (p. 117), o al que contrajo un mal venéreo con la advertencia de que es “disífilis de remediar” (p. 132).

Quede claro que, así como la poesía no es exclusiva del poeta, tampoco la picardía del pícaro. He allí el “Soneto en Che” de sor Juana:

Aunque eres, Teresilla, tan *muchacha*,  
le das quehacer al pobre de *Camacho*,  
porque dará tu disimulo un *chacho*,  
a aquél que se pintase más sin *tacha*.

De los empleos que tu amor *despacha*,  
anda el triste cargado como un *macho*,  
y tienen tan crecido ya el *penacho*  
que ya no puede entrar si no se *agacha*.

Estás a hacerle burlas ya tan *ducha*,  
y a salir de ellas bien estás tan *hecha*,  
que de lo que tu vientre *desembucha*,

sabes darle a entender, cuando *sospecha*,  
que has hecho, por hacer su hacienda *mucha*,  
de ajena siembra suya la *cosecha*. (p. 141)

La picardía, en su mejor forma, no es frase hecha sino frase nueva que no sólo expresa sino revela, como las del poeta, la realidad y las relaciones que en esa realidad guardan las cosas. Para lograrlo, el “Peladito” como el poeta se asiste de los tropos, según ya he anotado. Con todo, las frases suyas ni son siempre frescas ni siempre se apoyan en las relaciones de las cosas en la realidad. Las frases que tienen éxito suelen convertirse en patrimonio de los

hablantes a punto de que “entregar el equipo” o “colgar los tenis” (p. 161) son ya expresiones comunes, frases hechas, para referirse al acto de morir. Y la expresión que sustituye a la palabra ordinaria no tiene siempre que descansar en alguna relación entre las cosas como sí ocurriría cuando, por no llamarle a una persona homosexual, se le llame “volteado” (p. 74). Sucede que a veces no hay ninguna relación entre los hechos. Entonces, tal vez originalmente por eufemismo, la sustitución simple de un vocablo ordinario por otro nuevo entra en uso para evitar una expresión soez. Así, no decimos “voy a mear” sino “voy a hacer del uno” (p. 41). Muchos de los “nombres impropios” (pp. 142–148), “numerología” (pp. 34–38), e “idiotismos” (pp. 64–68) de Jiménez cumplen con ese propósito. Lo cual en boca del “Peladito” no deja de ser falsa decencia. Que él recurra al eufemismo de “blanquillos” para no hablar de “huevos” más bien le sirve para que quede claro, a todos, que se refiere a una materia muy soez.

El recurso a las frases hechas tanto en la poesía como en la picardía no conduce siempre al cliché o a la expresión muerta. Por muy hecha que sea la frase no le quita ninguna novedad si se aplica apropiadamente al caso particular en cuestión. Por muy repetida la descripción “la divina jodida forrada en huevo” (p. 145), viene a cuento frente a un tipo muy pagado de sí mismo.

En las picardías a veces se da un elemento adicional: el cultismo. Entonces, tanto el “Peladito” debe gozar de cierta erudición para expresarse, como el interlocutor para entender la expresión. Que el “Peladito” garrapatee en la letrina en un período, los años 50, en que apenas el 57% de los mexicanos se hallaba alfabetizado (INEGI, 2010) ya es una hazaña.<sup>1</sup> Tanto el “Peladito” como su público cuentan entonces con educación suficiente como para escribir y leer. Para degustar de lleno algunas de las picardías requieren inclusive del saber de idiomas. El gallito de la letrina no es ruso ni japonés ni francés, sino inglés porque tanto “gallo” como “falo” se dice “cock” en esta última lengua. Hace algunos años llegué a especular que: porque nació Jiménez en la frontera, en Piedras Negras, debía tener una mayor familiaridad con el idioma de los Estados Unidos (Zárate, 2010a). Como nota Jiménez, cada gremio tiene también su erudición peculiar para expresarse. Un carpintero dice, según hace notar, “¿On tablas que no te había vigas?, yo ya te creiba muebles?”, mientras que un albañil “¿Onde andamios que yo no

---

<sup>1</sup> La primera edición de *Picardía* data de 1958. Las picardías que Jiménez allí recoge son por tanto previas.

viguetas?, yo ya te creiba mortero" (p. 78). El autor también nos ofrece ejemplos de cómo el "Peladito" se apoya en la información periodística para confeccionar sus dichos, por ejemplo, al flatulento lo denunciaba con un "Saco y van siete" en tiempos que era noticia la ejecución de los anarquistas Saco y Vanzetti (p. 30), y los encuentros sexuales los describía como partes de guerra, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial (p. 85). El "Peladito" sabe de deportes para así inventar expresiones de doble sentido como "batear con la zurda" o "se lo fildeó la pelona" (pp. 162 y 163). El "Peladito", en fin, domina lenguaje muy técnico. Por ejemplo, le llama "flebotomiano" al peluquero que lo trasquila y lo deja sangrando (p. 177).

En todos los casos, sin embargo, tanto el "Peladito" como su interlocutor deben compartir un bagaje cultural o experiencias comunes, es más, la condición humana para poder entenderse. Sólo puede explicarse así el humor de chistes sanos como "¿Qué le dijo la luna al sol?", "Tan grandote y nunca sales de noche" (p. 55), y el humor de chistes no tan sanos como "¿Qué le dijo la cuchara a la gelatina?", "¿Por qué tiembles cuando te cojo?" (p. 56).

Hay algo si no mexicano, si castellano en el modo de expresarse del "Peladito". No todas las lenguas tienen la riqueza sintáctica y morfológica del español. En inglés serían imposibles malabarismos como "no es lo mismo huele a traste que atrás te huele" o "el mondongo de Tapachula que tápate el mondongo, chula" (pp. 65-66). Esta riqueza sintáctica y morfológica redundante en una riqueza semántica sin par (Zárate, 2010b).

*Picardía* es, en fin, un "best seller", pero aún más, un libro informativo, inteligente y bien escrito sobre el modo de expresarse de muchos mexicanos, que pudieran ser peladitos o también chamacos maliciosos de todo el orbe en su despertar sexual. Sobre su autor, Jiménez, Jorge Portilla nos dice lo siguiente:

Pocos están dotados, como él, para realizar empresa semejante, pues se requieren no sólo conocimientos profundos de lo nuestro, objetividad excepcional, constancia y valentía a toda prueba, sino también cultura amplísima, disciplina para el estudio y la recopilación, criterio para la selección y la ordenación (aunque este libro esté, aparentemente, en desorden) y habilidad para presentar lo grosero, lo soez, lo bajo, con delicadeza, gracia y amenidad. (2009, p. 234)

El libro he de agregar, se yergue en un estudio científico al investigar, sistematizar y explicar muchos modos de expresión popular, como lo son los letreros de camiones, los juegos de lotería, los ademanes, las adivinanzas, la jerga del hampa, y mucho más. Gracias a su

perspicacia, Jiménez llega a descubrir cómo los modos de expresión tienen una evolución a través del tiempo:

[...] nacen más o menos puras, ingenuas y candorosas; a continuación, se reproducen por cientos; éstas corresponden a la primera etapa. Luego experimentan una transformación de madurez, pierden ingenuidad y se vuelven picarescas; es la segunda etapa. Después florecen al introducirse en ellas la mordacidad; es la tercera etapa. Por fin, declinan y la gente las olvida. (p. 48)

Por ejemplo, Jiménez ilustra los colmos de la primera etapa así:

- ¿Cuál es el colmo de un forzado?
- Doblar la esquina de una calle. (p. 48)

Ilustra la segunda etapa de los colmos así:

- ¿Cuál es el colmo de fulana?
- Haber recibido cuatro tremendas cogidas y anunciarse como señorita torera. (p. 49)

Ilustra la tercera etapa así:

- ¿El colmo de un agricultor?
- Sembrar alfalfa y recogerte. (p. 49)

E ilustra la degeneración final con el colmo del carnicero, donde la respuesta no es verbal sino un ademán para indicar algo de gran tamaño (p. 50). Remarco: Jiménez no sólo especula sobre esta evolución sino ofrece además evidencia cronológica (p. 50). He de agregar que sobre su trabajo científico se yergue el espíritu de un humanista. Jiménez no se contenta con informarnos sobre un aspecto de la vida social del hombre. Se aproxima al hombre total con simpatía y regocijo. Los postemios al final de su texto nos ilustran cómo científicos de distintos campos se acercan a su trabajo para aprender de él.

#### EL BUEN HUMOR Y *PICARDÍA MEXICANA*

Pero aún no ofrezco una explicación contundente sobre cómo *Picardía* provoca risa por su buen humor y no por la burla, y cómo en esa medida permite a las personas vivir una virtud moral y social, la cual redime hasta cierto punto las groserías y el mal gusto con que abunda. Para averiguarlo, conviene distinguir la burla del buen humor.

Según indiqué hace algunos años (Zárata, 2010a, pp. 64-66), varios filósofos contemporáneos no distan mucho de lo dicho por algunos retóricos romanos veintiún siglos antes. Unos y otros confunden el sentido del humor con la burla sólo porque a ambos los acompaña la risa tras el hallazgo de lo ridículo. Para Bergson, como ya lo cité, la risa es un correctivo, un castigo, una forma de humillar a quien se “distrae” y comete algo ridículo (pp. 23-24). De manera similar, Cicerón (1979: Vol. 1: 357-459, Vol. II, 217-290) y Quintiliano (1980, pp. 439-501) abordan el asunto: lo estudian para armar al orador con saetas hirientes que, con oportunidad, exhiban lo ridículo del enemigo y, así, lo marginen y lo aplasten. Si toda risa consistiera en comer, destruir, prójimos, el reírse sería, entonces, abominable, impío, ajeno al espíritu cristiano. Razón tendría Jorge de Burgos, el avinagrado bibliotecario de *El nombre de la rosa*: “la risa está bastante cerca de la muerte y de la corrupción del cuerpo” (Eco, 1992, p. 121).

Nada más distinto a esto que el sentido del humor, el saber reírse de sí mismo, tras descubrirse uno, en lo ridículo, como en un espejo. Habría de ser un poeta —Antoine de Saint-Euxupéry— quien nos advierta: “En el momento en que sonreímos a alguien, lo descubrimos como persona, y la respuesta de su sonrisa quiere decir que somos también persona para él” (Orozco, 1999, p. 221). Habría ser el Poeta por antonomasia, Virgilio, quien exclamase: “*Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem*” (Vergili, s/f). Un niño está en la cuna, ve a su madre y la conoce. La conoce porque se ríe con ella. Y habría de ser un genio de hace 24 siglos —Aristóteles— quien notase que se consideran amigos “a los que tienen el tacto lo mismo para hacer chistes que para aguantarlos, ya que en ambos casos se produce con ellos una rápida camaradería, por ser, como son, capaces de admitir una broma y de gastarla de un modo conveniente” (1990, p. 330).

Ahora bien, ¿qué tipo de risa es la que se genera con *Picardía*? ¿La burlona o la del buen humor? ¿La que aplasta al enemigo o la que surge de una chanza que se ha aceptado del amigo mucho antes? Parecería ser que *Picardía* opta por la burla si atendemos a que se funda, muchas veces, en el insulto, en la grosería, la agresión, en el exhibir las vergüenzas o el avergonzar otras personas. He allí el letrero de camión machista y vulgar: “Señorita, pida su parada, el chofer se la para con gusto” (p. 19).

La burla funciona con base en el doble sentido, con todo lo que éste implica: confiar en la experiencia común del interlocutor, en su erudición, en su capacidad de analizar la realidad para descubrir el sentido más apto de la frase. No es un Valvert que ofende con llanezas, con un “tienes una nariz grande” (Rostand, s/f: 23). Ofende con gracia como Cyrano de Bergerac: “¡Oh, magistral nariz!, ¡ningún viento lograría resfriarte!” (Rostand, s/f: 24). Así, el “Peladito” habla con inteligencia no sólo porque es inteligente el orador, sino porque espera que sea inteligente el público que lo escucha. Volviendo a los letreros de camión de Jiménez, no leemos “Mujer, quiero tener un sexo contigo”, leemos “Señorita, si usted lo desea, el chofer le dará bajada por delante” (p. 19). Hasta casi suena a cortesía.

En *Picardía* hay, pues, no sólo es ofensa, sino un elogio al que escucha por tratarlo como un ser pensante. La expresión es ridícula, sí, por la mezcla de lo dulce y lo amargo, por la confluencia de la ofensa y el elogio. Aun así, al tratar como pensante al otro, el “Peladito” lo reconoce y lo acepta como ser humano. Quizá con muy mal gusto, pero ése es su modo. Empieza en fin a abandonar el campo de la burla y se interna en el campo del buen humor. Empieza a convertir la chanza en un vehículo de aceptación del uno y el otro, o tal vez, desde su marginación, un vehículo de conquista del corazón del otro.

Que con su humor el “Peladito” se quede en los temas más animalescos y bajos podría aun disculparse por convocar al interlocutor a recordar, con humildad, que no es un ángel que ni caga, ni pelle y ni siquiera se imagina en qué consiste el empiernarse, sino es un ser de carne y hueso, un ser que por sus venas le corre la sangre. “*Memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris*”, parece decirnos con sus capítulos sangrones. Le añade su giro humorístico para que riámos y no nos entristezcamos.

Cabe, con todo, que el interlocutor deteste las peladeces y rechace al “Peladito” por pelado. Podría justificarlo exagerando la moral tradicional a punto de prohibir la palabra “pedo”. Con base en la moral contemporánea, podría invocar además a la “corrección política” y pedir marginar aún más al mal hablado por su racismo, su machismo, su maltrato lingüístico a la mujer. “¡Que le corten la cabeza!”, podría inclusive ordenar como la Reina de Corazones en *Alicia en el País de las Maravillas* (Carrol, 2003, p. 68). Se arriesga, por supuesto, a que el “Peladito” aproveche, el muy cochino, la oportunidad, y le diga “Pero antes me la sobas, me la

chupas y me la sacudes bonito". Se arriesga, en fin, a vivir en un mundo en que quizás todos nos guardaremos el más estricto respeto, pero con toda seguridad un mundo en que para no reírnos el uno del otro nos mantendremos separados, aislados; un mundo además en que la risa no se escuchará ni en los labios de un bebito tras contemplar su popó.

Aunque Jiménez (2009, p. 123) piense que nuestros vecinos de allende el Bravo son faltos de ingenio, en Estados Unidos se da y abunda la picardía, se dan y abundan los peladitos. Hoy, sin embargo, casi no se oyen allí, abiertamente, chistes de negros, o de homosexuales, o de solteronas, o de borrachos, o de mexicanos, o de ciegos y sordos, etc., antes muy comunes, porque la corrección política los abomina. Su inquisición laica asume, da por hecho, que dichos chistes no son humor sino burla, un rechazo al otro. Por tanto, como el avinagrado Jorge de Burgos, esta inquisición coloca la risa así generada "cerca de la muerte" (Eco, 1992, p. 121).

En *Gran Torino* (Eastwood, 2008) nos encontramos, con todo, a un irlandés y un italiano mentándose la madre muy a gusto, mostrándonos que justo porque se insultan con lenguaje florido es que se quieren bien. De descifrarlo con figuras retóricas, diríamos "ironía". Es más, los afro-americanos, en su marginación, se permiten vulgaridades similares a las del "peladito" mexicano. Las dicen con ingenio, como Eddie Murphy, y así encuentran un camino para reducir esa marginación.

Hace unos días, tal vez aquejado por la corrección política y el olvido, regañé a mi hijo por no bajar de putos a varios de sus amigos. Me aclaró que entre amigos en su escuela lo menos que se dicen es "puto". No especificó más. Pero me quedó claro que el insultarse, entonces, no es una falta de respeto sino una afirmación de sus lazos de amistad, un tener "tacto lo mismo para hacer chistes que para aguantarlos", y así gozarse los amigos por producir "una rápida camaradería, por ser, como son, capaces de admitir una broma y de gastarla de un modo conveniente", como prescribió Aristóteles (1990, p. 330). Un contar chistes de chinos, de gabachos, de franceses en *Picardía*, porque mucho antes y en mayor abundancia Jiménez ha contado antes chistes autoflagelantes de mexicanos, como el del embajador nuestro que prometió a una reina ser el próximo en adscribirse sus pedos (pp. 32-33). En fin, un contar chistes sobre mujeres porque Jiménez incluye toda una sección escrita por mujeres sobre cuán

pendejos somos los hombres (pp. 95-99), y lo hace en ese amplísimo y aparentemente chauvinista capítulo de “solo para hombres”.

#### BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR, LUIS MIGUEL. (2010). “Albures”, en “El camaleón peripatético”. *Milenio*. México: 12 de diciembre de 2010. Recuperado el 10 de junio de 2013, de <<http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8765824>>

ALATORRE, ANTONIO. (2009). “Postemio Filológico”, en Armando Jiménez, *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana S. A. de C. V., pp. 212–220.

ALEJO, JESÚS. (2010). “Murió Armando Jiménez, ‘el rey de los albures’”. *Milenio*. México: 3 de julio de 2010. Recuperado el 10 de junio de 2013, de <<http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8793595>>

ALEMÁN, MATEO. (1984), [1599, 1604]. *Guzmán de Alfarache*. ed. Benito Brancaforte. Madrid: Ediciones Cátedra Letras Hispánicas. Vols. I y II.

ARISTÓTELES. (1990). *Retórica*. Traducción de Quintín Racionero. Madrid: Editorial Gredos.

BURKE, KENNETH. (1969). *A Grammar of Motives*. Berkeley: University of California Press.

BERGSON, HENRI. (2012). *La risa. Ensayo sobre la comicidad*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

CÁMARA DE DIPUTADOS DEL H. CONGRESO DE LA UNIÓN. (2012). *Ley sobre el Escudo, la Bandera y el Himno Nacionales*, publicada en México, *Diario Oficial de la Federación*, última reforma 17 de enero de 2012. Recuperado el 10 de junio del 2013, de <<http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/213.pdf>>

CARROL, LEWIS. (2003). *Alicia en el País de las Maravillas*. Ediciones del Sur, 2003. Recuperado el 5 de noviembre de 2014, de <http://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-19-Carroll.AliciaEnElPaisDeLasMaravillas.pdf>.

CELÁ, CAMILO JOSÉ. (2009). “Prólogo”, en Armando Jiménez, *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana, S. A. de C. V. p. 6.

CICERÓN, MARCO TULIO. (1981). *Ad C. Herennium Libri IV De Ratione Dicendi*. Versión latina y traducción al inglés de Harry Caplan. Loeb Classical Library. Cambridge: Harvard University Press.

- \_\_\_\_\_. (1979). *De Oratore*. Versión latina y traducción al inglés de E. W. Sutton. Loeb Classical Library. Cambridge: Harvard University Press. Volúmenes I y II.
- CHUMACERO, ALÍ. (2009). "Postemio Literario", en Armando Jiménez, *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana, S. A. de C. V. pp. 226–228.
- CRUZ, SOR JUANA INÉS. (2007). *Obras Completas*. México: Editorial Porrúa.
- ECO, UMBERTO. (1992). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Editorial Lumen.
- EASTWOOD, CLINT. (2008). *Gran Torino*. Estados Unidos: Warner Bros.
- GRACIÁN Y MORALES, BALTASAR. (1944). *Obras completas*. Madrid: Editorial Aguilar.
- INEGI. (2010). "Comunicado Núm. 008/10". Aguascalientes, México: 13 de enero de 2010. Recuperado el 18 de junio de 2013 en <http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/comunicados/ehm2010.asp>
- JIMÉNEZ, ARMANDO. (2009). *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana, S. A. de C. V.
- LÓPEZ CÁMARA, FRANCISCO. (2009). "Postemio Sociológico", en Armando Jiménez, *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana, S. A. de C. V. pp. 207–210.
- MONTEMAYOR, FELIPE. (2009). "Postemio Antropológico", en Armando Jiménez, *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana, S. A. de C. V. 229–232.
- OROZCO DECLÓS, ANTONIO. (1999). "Miradas, sonrisas y besos", en *Mirar a María*. México: Editora de Revistas.
- PERELMAN, C. Y L. OLBRECHTS-TYTECA. (1969). *The New Rhetoric. A Treatise on Argument*. Indiana: University of Notre Dame.
- PINO, ÁNGELES. (2013). "Top: Los libros más leídos en todo el mundo", en *El Universal De10.mx*, México, 27 de mayo de 2013. Recuperado el 10 de junio de 2013, de <http://de10.com.mx/top10/2013/los-10-libros-mas-leidos-del-mundo-16566.html>
- PORTILLA, JORGE. (2009). "Postemio Filosófico", en Armando Jiménez, *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana, S. A. de C. V. pp. 233–234.
- RAMÍREZ, SANTIAGO. (2009). "Postemio Sicoanalítico", en Armando Jiménez, *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana, S. A. de C. V. 221–224.

ROSTAND, EDMOND. (s/f). *Cyrano de Bergerac*. Estados Unidos de América: TheVirtualLibrary.org. Recuperado el 16 de octubre de 2019, de [https://onemorelibrary.com/index.php/es/?option=com\\_djclassifieds&format=raw&view=download&task=download&fid=13049](https://onemorelibrary.com/index.php/es/?option=com_djclassifieds&format=raw&view=download&task=download&fid=13049)>

VILLASEÑOR, RAÚL G. (2009). “Fe de erratas”, en Armando Jiménez, *Picardía Mexicana*. México: Editorial Diana, S. A. de C. V. pp. 184–194.

QUINTILIANO. (1976). *The Institutio Oratoria*. Vol. III. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

\_\_\_\_\_. (1980). *The Institutio Oratoria*. Vol. I. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

VERGILI MARONIS, P. (s/f) *Ecloge IV*, en *Rainybluedawn*. Recuperado el 5 de noviembre de 2014, de <<http://rainybluedawn.com/translations/latin/eclogue4.htm>.>

ZÁRATE RUIZ, ARTURO. (2010a). *La narrativa breve tamaulipeca, un acercamiento crítico*, Matamoros, México: Editorial e Impresos Coatlicue, S. A.

\_\_\_\_\_. (2010b). “El estilo artístico, reflexión e instrucción breves sobre su preceptiva clásica”, *Revista Razón y Palabra, Semiótica y Comunicología*. Nº. 72. Recuperado el 18 de junio del 2013, de [http://www.razonypalabra.org.mx/N/N72/Libro/Zarate\\_72.pdf](http://www.razonypalabra.org.mx/N/N72/Libro/Zarate_72.pdf).